

Alfredo Valenzuela Puelma

DOG

EN la literatura contemporánea hay un libro particularmente sombrío y trágico, no tanto por su mismo tema y estilo cuanto por lo que sus páginas, más tarde, revelaron del estado de espíritu de su desgraciado autor cuando lo estaba escribiendo. Este libro es *Le Horla*, de Guy de Maupassant. Esta obra, cuando se publicó, pareció una fantasía algo macabra, bastante impregnada en el espíritu de Edgardo Poe, y por lo demás, muy lejos de ser el mejor libro de su autor. Pero, algunos años más tarde, se cumplió el sino fatal del pobre Maupassant; esta inteligencia tan clara, brillante y genial, zozobró en el abismo de la locura y se vió con espanto que esta fantasía de literato era la verdadera historia de los primeros síntomas de la enfermedad, de la lucha contra ella, de las angustias y quizás del desesperado esfuerzo para que todo quedara en el dominio de la literatura.

Desde que nos llegó la terrible noticia del accidente que había sufrido en París Alfredo Valenzuela Puelma, me obsesionó este recuerdo del libro aquel y del destino ulterior de Guy de Maupassant: ¡que luz siniestra vino á esclarecer muchos lados misteriosos de la vida del pobre Valenzuela, explicando ¡ay! tristemente, algunas rarezas, ciertos rasgos del desventurado artista, que muchas personas atribufan á genialidades ó á asperezas de carácter, cuando eran los primeros asaltos de la enfermedad, las primeras batallas que libraban en el profundo misterio del sér íntimo, en las ignoradas soledades que todos llevamos dentro de nosotros, la locura invasora y la conciencia espantada!

Todos los que le hemos visto en la intimidad de los últimos años pudimos notar que su nerviosidad, sus exaltaciones aumentaban, pero, que al mismo tiempo, sus preocupaciones cambiaban con mucha rapidez y frecuencia de tema y de objeto: las ideas políticas ó religiosas dejaban pronto lugar á las averiguaciones científicas ó medicales, y éstas, á su vez, á los ideales puramente artísticos, aportando él en todas estas evoluciones de sus preocupaciones, el mismo entusiasmo, la misma convicción y sinceridad: desgracias íntimas, cuyo origen no es permitido tocar pero que quizás un criterio elevado y noble podría atribuir á ciertos "malentendus" en el pasado, que el trágico "hoy" explicaría en parte, contribuían, sin duda, á mantener á Alfredo Valenzuela en una exaltación demasiado continua, y á orientarle siempre hacia un pesimismo que no reflejaba su verdadera naturaleza, entusiasta y llena de combatividad. Por el lado artístico esta propensión al entusiasmo y á la combatividad, cualidad insuperable en los grandes centros intelectuales cuando está al servicio, como era el caso, de dotes artísticos de primer orden, se encontró aquí en la época de la juventud ardiente, en una atmósfera algo pesada, en un medio un poco estrecho y se usó y se gastó en luchas mezquinas y en roces odiosos. Así se explica la desesperación de un verdadero artista que veía de ese modo gastarse sus energías, perderse su tiempo,

sin poder dar forma á todo lo que sentía contenido en su alma y en su cerebro. Ciertas naturalezas privilegiadas son como las calderas de las máquinas de vapor: cuando no se les da la suficiente expansión, estallan!

✽ ✽

Alfredo Valenzuela era—que cosa más atroz tener que hablar en la forma del pasado ¡de un vivo!—era un pintor de gran escuela: dibujante correcto y sabio, conociendo todos los recursos del oficio y de la paleta, pero sin abusar de ellos para producir efectos fáciles, conservando, al contrario, una sobriedad y una seriedad propias de un verdadero maestro, todas sus obras se imponen por la solidez de la construcción y la conciencia y profunda "honradez" de su ejecución: esas cualidades son de las que hacen que las obras resistan á los caprichos de la moda, que en la pintura consiste en fórmulas que cambian muy amenudo, cada diez ó doce

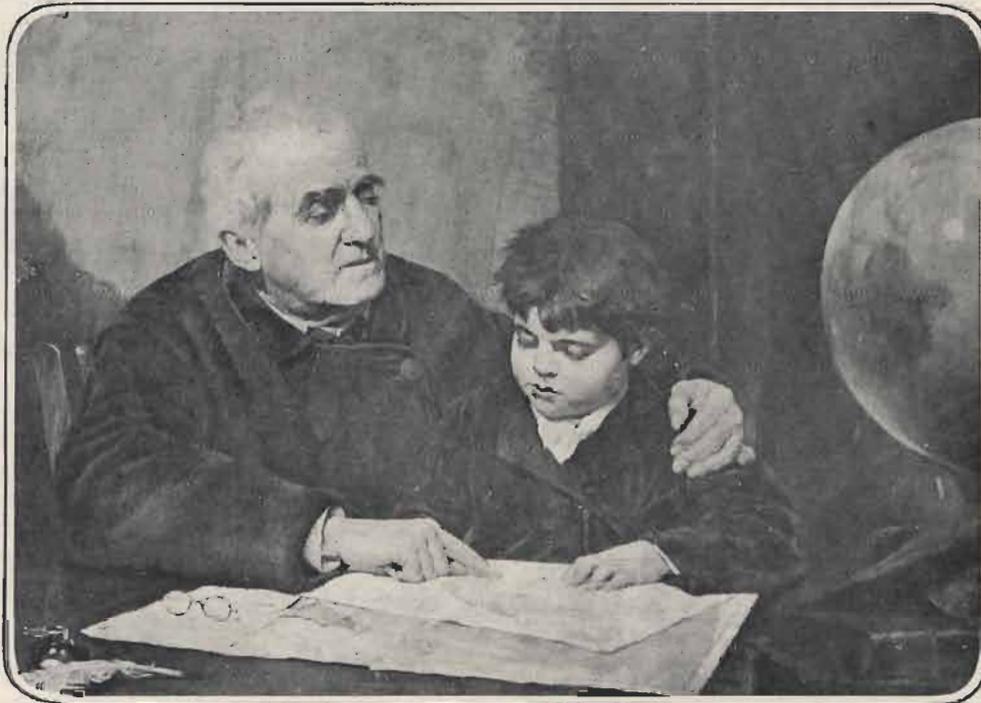
de ejecución material. Rafael y Rembrandt, viviendo en otras épocas, y en otros países, habrían seguramente pintado de una manera muy distinta de lo que hicieron, sin que sus producciones hubieran sido, por eso, menos geniales y soberanas: su cerebro y su corazón eran los creadores: al pintar, no pensaban sino en expresar, de la manera más intensa que les fuera posible, lo que concebían y soñaban: sus manos eran los esclavos de sus cerebros; desgraciadamente, después de ellos y ahora más que nunca, son muchas veces las manos solas que trabajan, aplicando fórmulas aprendidas casi mecánicamente, lo que hace que los cuadros presentados en una exposición por varios pintores de una misma generación tengan entre sí un aire de familia, lo que prueba, en sus autores, poca personalidad, poca distinción y poco orgullo, sin lo cual no hay arte ni artistas.

Valenzuela tenía esta conciencia y este orgullo artístico, y en él eso representaba un mérito tanto más grande, cuanto él tenía también una habilidad de mano

asombrosa, que le permitía, cuando quería, hacer "pastiche" de cualquier pintor de las escuelas más diversas: en este orden de ideas ejecutó algunas copias de cuadros de Velásquez verdaderamente extraordinarias.

Pero, cuando pintaba una obra original, su voluntad y su conciencia de artista lo dominaba por completo, y todas sus obras se distinguen por este sello de honradez artística. En su carrera demasiado corta, y varias veces entorpecida por accidentes y sinsabores en su vida privada, abordó todos los géneros: pintura decorativa, desnudo, retratos, naturalezas muertas y paisajes, y en todos dejó telas de primer orden y algunas obras maestras. Recuerdo la profunda impresión que experimenté poco tiempo después de mi llegada á Santiago, en una visita que hice á la iglesia de San Lázaro, cuyo *plafond* es, quizás, la obra más genial de Valenzuela Puelma: admirablemente proporcionada al edificio, lo que es una de las primeras condiciones para una pintura decorativa, esta obra reúne todas las brillantes cualidades de su autor, y se nota en ella, más que en ningún otro trabajo del pintor, una amplitud de ejecución y una delicadeza de armonía, una sabrosidad de colorido y una distinción, que la hacen digna de recordar á ciertos maestros de la Escuela Veneciana. Estas cualidades, la armonía rica y discreta y la amplitud, son tanto más notables cuanto que no son las que descuellan en las otras pinturas de Valenzuela, cuyo defecto sería más bien cierta sequedad y dureza.

Entre las otras obras principales y de gran aliento de nuestro pintor, las más populares son la *Perla del Mercado*, que forma parte ahora de la galería de don Eusebio Lillo, y la *Ninfa* que posee el Museo de Santiago. Estos dos cuadros, que son estudios de desnudos, confirman todo lo que dije antes de la conciencia y de la honradez artística de su autor, y revelan además la seguridad de su ciencia y



La lección de geografía, cuadro del Señor A. Valenzuela Puelma

años. Lo que no cambia es el estilo, el dibujo, el sello de un temperamento y de una personalidad. Todo lo demás, manera de expresarse, ejecución material y superficial es cuestión de moda, de la misma moda que impera en los mobiliarios, en los vestidos, sombreros, peinados de las señoras. Una mujer hermosa, bella, que siga ó no estrictamente la moda del día, conservará siempre su soberana belleza: las otras, las que no tienen sino los artificios de la moda, para conservar su centro de elegancia y de gracia, deben seguir todos los mandamientos de esta caprichosa diosa: sin embargo, las señoras tienen la ventaja de poder variar y estar siempre al corriente, mientras que un pintor, que confía para el éxito únicamente en la fórmula de moda en el día que emprende la carrera, está muy espuesto, cuando á los pocos, muy pocos años, viene á cambiar esta fórmula, á quedarse rezagado, perdido, y muy pronto anticuado: eso explica cómo, en todas las épocas, grandes maestros, dejaron detrás de ellos una cola de deplorables imitadores, cuyas obras, exagerando la manera del maestro, revelando, en cierto modo, los secretos de la cocina, podrían llegar á hacer casadoras hasta las mismas obras de este maestro, si el genio, justamente, no se elevara por encima de toda cuestión de moda y

la maestría de su ejecución: las líneas de los cuerpos desnudos de las mujeres son armoniosas y de una gran pureza, el colorido es agradable y discreto. Quizás ganarían estas telas en seducción, si el pintor hubiera consentido en hacer algún sacrificio, si, en una palabra, la ejecución no fuera demasiado igual y pareja: algunas veces un descuido, descuido aparente, contribuye a dar más sabrosidad a una obra, como un lunar en una belleza de tipo clásico. La hija de Jairo es un cuadro bien compuesto, dibujado y pintado sabiamente, una obra seria y duradera, y la Clase de Geografía, obra de juventud, presenta en germen las cualidades de seriedad, de carácter y de observación que caracterizan las obras posteriores.

Creo que si Valenzuela se hubiera dedicado exclusivamente a los retratos, sobre todo a los de caballeros, habría bastado para que hiciera una gran carrera: desgraciadamente, conozco pocos de los que ejecutó, pero uno de ellos es una obra tan superior, tan completamente admirable, que no necesitaría haber visto más para hacer la afirmación anterior: me refiero al retrato del pintor Mocchi, que considero una obra maestra, quizás el mejor trozo de pintura que posee el Museo de Santiago. Cada vez que veo esta tela, me deja más encantado; es de una intensidad de vida, de una robustez de ejecución, de una firmeza de construcción y de dibujo que no pueden ser superados, y la armonía general gris y blanco es de una distinción exquisita. Me dicen que un retrato del señor Blest Gana está a la altura de éste: puede ser, pero dudo que le sea superior. El de don Enrique del Campo, y varios otros que pintó Valenzuela en estos últimos años, tienen también preciosas cualidades, pero adolecen, a mi modo de ver, de cierta sequedad y frialdad, que no existen absolutamente en el de Mocchi. El estilo algo rígido y muy exacto de Valenzuela lo hacía menos apto para pintar

retratos de señoras, en cuya ejecución se necesita mucha interpretación y una fantasía que no cuadraba con el temperamento y las cualidades del artista.

Los paisajes ocupan, en la obra de Alfredo Valenzuela, un lugar muy importante é interesante. Supo comprender, como ningún otro, un aspecto tan característico y tan netamente chileno, como son las largas alamedas que cruzan todos los campos del país: le gustaba pintarlas con su ropaje de otoño y con efectos de sol ya bajo, cuando sus últimos rayos doran la punta de los álamos: tuve ocasión de ver algunos preciosos.

No quiero concluir esta rápida revista de la obra de Valenzuela sin mencionar un cuadro, por el cual el desgraciado pintor sentía un cariño especial, que hizo que nunca quisiera separarse de él, y se lo llevó en su último viaje: es una figura de Cristo, irradiando del pecho y del corazón una luz sobrenatural. Hay en esta obra algo extraña una intensidad de luz y cierto misterio que la hacen inolvidable cuando se la ha visto una vez.

La dificultad que tenía Valenzuela para separarse de sus obras es un rasgo bien característico. Yo sé, por un conducto muy seguro, que en Madrid el Gobierno español le ofreció, y con insistencia, comprarle un cuadro importante, un desnudo de mujer, y, a pesar de las ofertas halagadoras que se le hicieron, no quiso por nada consentir en venderlo, porque lo quería traer a Chile.

¡Pobre Valenzuela! Quien lo hubiera dicho hacia donde caminaba cuando, hace dos años, se embarcó para Europa, de una manera bastante original, si fué cierto lo que contaron: ¡lo habrían admitido como médico a bordo del vapor que lo llevó!

En los últimos tiempos de su permanencia en Chile, estaba completamente dominado por sus ideas de descubrimientos científicos para la curación de ciertas enfermedades, entre las cuales ¡ay! contaba

la locura! Eso me lo dijo personalmente a mí, en cierta ocasión en que me hablaba de sus trabajos en este sentido, de sus convicciones y de sus esperanzas: y con que entusiasmo hablaba de su proyectado viaje a Europa, donde esperaba ver bien acogidas sus ideas y sus teorías, al mismo tiempo que pensaba hacer un gran negocio con la venta de algunos cuadros antiguos que él creía, quizás con razón, de gran mérito: entre ellos había una Virgen con el Niño, el divino Morales, que me pareció, efectivamente, una pieza de museo ó de gran galería de pintores...

En las últimas noticias que se recibieron de este malogrado artista, se supo que había entrado en un período de tranquilidad y de descanso: por otro lado, el Gobierno ha acordado mandar a la Legación en París la cantidad necesaria para repatriarlo. Quién sabe si habrá todavía alguna esperanza de verle recobrar su salud y sus facultades. Recuerdo que hace unos veinticinco ó treinta años, un artista francés, que tuvo su hora de celebridad y de triunfo, el pintor y caricaturista Andres Gill, cayó víctima de la misma enfermedad, que necesitó su internación en un manicomio; después de algún tiempo sanó y recobró bastante el uso de todos sus medios, para reanudar su carrera y presentar en el Salón de pintura cuadros importantes y que tuvieron éxito.

Quiero terminar este estudio sobre este débil rayo de luz y de esperanza. Si llegara a realizarse, el país entero se regocijaría y los amigos de Valenzuela experimentarían una inmensa alegría en su desgracia, porque él tuvo y tiene todavía amigos de una fidelidad y de una adhesión a toda prueba, lo que habla muy alto en favor de las condiciones personales del pobre gran artista. Una naturaleza vulgar ó ordinaria no inspira tales amistades tan leales y desinteresadas.

Richard BRUNET

La Parábola de la Libertad

EN un remoto país del Norte, cierto hombre rico construyó un invernadero; era un ancho y magnífico invernadero, en cuyo cálido recinto se paseaba el dueño muy agradablemente, sin temor a la nieve y al hielo de aquel sombrío país septentrional.

Reunió muchas plantas y muchos arbustos, los más exóticos y brillantes, y trajo desde las islas tropicales las flores, las aves, los arbolillos más bellos que nadie puede imaginar.

La nieve caía sobre los cristales del invernadero, el viento helado los azotaba con furia; pero bajo el viento y la nieve, los polícromos papagayos se columpiaban en las dentadas hojas de las palmeras, y los relucientes colibríes, semejantes a joyas de oro y esmeralda, libaban la morada flor de los bananos. Había también en un rincón del invernadero un pino, un esmirriado, medio seco y lamentable pino, que hacía allí dentro el más ridículo papel del mundo, entre tanta y tan lozana vegetación; y en las humildes ramas del pino colgó su modesta guarida un aguilucho, que estaba como encogido y avergonzado de verse ante unos pájaros tan relucientes y vivaces.

El dueño cuidaba con esmero su jardín, y las plantas, así como las aves, crecían de un modo encantador. Los arbustos abrían sus grandes flores lo mismo que en las selvas natales; las ramas se extendían por todo el invernadero, robaban toda la tierra, se metían por los rincones, formaban una especie de selva tropical; las aves se reproducían también prodigiosamente.

Entre tanto aquel pobre pino languidecía en aquel ambiente pesado y caliginoso. El aguilucho se pasaba las horas metido en las ramas del pino, talvés soñando con las infinitas estepas y con las peñascosas montañas...

Pero sucedió un día que el dueño del jardín se murió. Los he-

rederos abandonaron aquel raro juguete, y nadie pensó en cuidarlo, hasta que el viento y la nieve se encargaron de destruirlo. Y vino una tempestad tan furiosa, que se derrumbó la techumbre de cristal, metiéndose el ventarrón por todo aquel lindo jardín.

Las plantas y las aves sintieron un pánico de muerte. ¡Qué frío, qué viento, qué violencia tan inusitada! Las palmeras plegaban sus copas; las hojas de los bananos caían como harapos repugnantes; las flores hufan, arrebatadas por el viento; los papagayos no sabían dónde ocultarse, y los diminutos colibríes, ciegos de terror, morían repentinamente. Por la noche bramó la tempestad con nueva furia, y cuando despertó la pálida aurora, todas las flores, todas las aves habían muerto.

Pero el esmirriado pino se desentumeció, estiró sus ramas, se hizo fuerte; la primera ráfaga de la tempestad le hizo conmovirse hasta la punta de las raíces. La nieve le cubría con su blancura, el viento lo azotaba... ¡Cómo se estremecía el alegre pino bajo las caricias robustas de los elementos! Y sucedió que se hizo muy grande en muy poco tiempo, y ocupó con sus raíces todo el espacio del antiguo invernadero.

¿Y el aguilucho...? Esta pobre águila se escapó tan pronto como el invernadero se vino abajo; y no paró de volar en muchos días; y se subió a las montañas, recorrió la llanura, voló a merced del viento. Se hizo grande, fuerte, poderosa... Cuando por la noche volvía de sus largas expediciones, solía venir donde el pino, y en su rama más alta, bajo la libre esfera del cielo, plegaba sus valientes alas, y allí dormía.

José María SALAVERRIA